

LAS ÚLTIMAS PLUMAS DEL CREPÚSCULO

Fabián tenía doce años y odiaba la escuela. La maestra se la pasaba hablando de temas aburridos. El aula era pequeña. Hacía calor y el olor de las axilas de sus compañeros se volvía insoportable en el verano.

Se conocía todas y cada una de las manchas del techo. Las había grandes, pequeñas, de colores rosados o grisáceos. Fabián las contaba. Y las volvía a contar, mirando luego su reloj de pulsera. La clase terminaba y él guardaba los pesados libros en la mochila, preparándose para marcharse.

Vivía en una casita que lindaba con el río. Sus padres se estaban separando y los gritos eran cosa de todos los días. Fabián prefería llegar de noche a casa, así que se internaba en la biblioteca. La encargada, una señora de unos ochenta años, le permitía leer en el fondo del lugar, bajo un anaquel oscuro, lejos de cualquier curioso. Fabián se recostaba allí y siempre abría el mismo libraco: una recopilación de cuentos de Tolstoi. En realidad, el niño ocultaba allí una revista pornográfica. Sus ojos iban y venían hacia las distintas fotografías, excitándose en completo silencio. Sin embargo, algo faltaba. Súbitamente se sentía frustrado. Tiraba el libro. Se ponía a llorar, intentando no llamar la atención de la vieja bibliotecaria.

Durante la noche, de vuelta en su casa y con el estómago vacío, intentaba buscar en los sueños la clave definitiva que le permitiera gozar su precoz sexualidad. A menudo soñaba con un escarabajo transparente que se deslizaba sobre el desierto, dejando pequeños huevitos blancos. El símil de Fabián (ese doble pesadillesco) los recogía y abría, dándole golpecitos. Salían pequeñitos escarabajos de distintos colores, que terminaban devorando al niño, confundiéndolo con su progenitora.

Despertaba con el cuerpo lleno de sudor. El calor, el olor de la escuela, seguía impregnado en sus ropas. Las náuseas no le dejaban desayunar. Su madre se preocupaba, y le rogaba que llevara algún sándwich para el recreo, pero el chico negaba con la cabeza, y esas ojeras pesadas y grotescas, sobre un rostro marchito.

La maestra explicó otra lánguida ecuación matemática. Los números perforaron los cráneos de los estudiantes. Menos el de Fabián, que ya había sido perforado, pero por aquella endemoniada revista pornográfica. De pronto, la puerta del aula se abrió. Entró la directora, una dama alta, delgada, de facciones rígidas. Para Fabián no era una mujer, era una espada siempre afilada.

–Disculpe, señorita Hernández –le dijo a la maestra, con un ademán.

–Sí, no hay problema –respondió la docente, dejando de escribir en el pizarrón.

Silencio. Nadie dijo nada. La directora salió del aula y regresó con una niña de unos once años, guardapolvo desarreglado, cabellera negra y larga.

–Chicos y chicas, les quiero presentar a su nueva compañera, Passeris García.

Hubo risas. Sí. El nombre era gracioso.

–Bueno, nada más. Puede continuar con la clase –expresó la directora, retirándose.

Passeris se recogió el cabello, que le tapó por unos segundos sus tímidos ojos azules. Se sentó en el fondo del aula, cerca de mí. No me atrevía a hablarle. Los demás la miraban de a ratos, riéndose. Me imagino que las chicas ya se estarían burlando de ella, de sus manos, de su cutis, en fin, de todo.

En el recreo Fabián devoró el sándwich que había preparado su madre. El jamón estaba un poco seco. Abrió una lata de Coca. Bebió un sorbo. Se limpió la boca con la manga del guardapolvo, y cuando levantó la mirada reparó en Passeris, que estaba

sentada al lado de una maceta. Tenía algo en su mirada que le causaba interés. No era atractiva. No era como las chicas de la revista pornográfica.

El niño dejó pasar una semana.

Siguió soñando con el escarabajo transparente que recorría aquel desierto infinito, dejando huevitos y más huevitos.

En la biblioteca, Fabián releyó cada uno de los insípidos diálogos de la revista condicionada, intentando desvelar el por qué de su angustia, el por qué de su frustración.

Comía mal. Estaba consciente de ello. Su mamá se estaba preocupando y le obligó a visitar al médico. En el camino se compró unas golosinas. Las devoró antes de entrar en el consultorio. Su boca tenía gusto a azúcar. El doctor lo sabía. Él también. Lo examinó, quiso tomarle la presión sanguínea. No lo dejó.

–Fabián, tenés que entender... –dijo con un tono de gran sapiencia.

–Escúcheme, usted no me va a tocar de nuevo, o le digo a mi mamá que intentó hacer cosas raras conmigo... –le advirtió.

El doctor quedó paralizado. Retiró sus manos. Escribió algo en el prospecto, lo selló y firmó.

–Estás... bien –me dijo, con palabras envenenadas con miedo.

El chico regresó a casa. Le entregó el papelito a su mamá. Ella lo leyó. Se mostró aliviada. Fabián corrió al baño. Vomitó toda la comida. La discusión le había provocado arcadas.

Passeris desaparecía durante los recreos. Fabián la buscaba incansablemente a lo largo y ancho de la escuela.

Al principio creyó que ella tenía algún poder mágico, pero él descreía de la magia. Era escéptico. Creía solamente en lo que podía ver y tocar.

Cuando estaba por regresar al aula, sintió algo en su hombro izquierdo. Llevó la mano hacia ahí y tocó. Encontró una pequeña pluma de pájaro. Miró hacia arriba. La cabeza de Passeris se asomaba desde el borde de la terraza. Fabián sonrió y se dispuso a encontrar la escalera para llegar hasta allí.

La hosca niña estaba escribiendo algo en un cuaderno. De tanto en tanto silbaba, atrayendo la atención de los pájaros que llegaban desde los árboles aledaños a la escuela. Fabián, después de una ajetreada peripecia, accedió a la terraza. Tenía las rodillas manchadas con mugre, por lo que se sacudió antes de entablar una charla con la chica.

–Hola, yo soy –dijo, pero ella lo interrumpió.

–Ya sé quién sos –le respondió.

Fabián, desorientado, se rascó la cabeza.

–Sentate, si querés. Todavía falta para que toquen el timbre.

El niño aceptó mecánicamente. Al contrario de lo que la nena manifestaba físicamente, su voz era precisa y potente. También tenía algo irresistible.

–Bueno, ¿y qué estás haciendo? –preguntó él, con cierta timidez.

–Me gustan mucho los pájaros... Así que estoy clasificándolos... Pero en esta zona hay muy pocos... –le respondió Passeris, sacándose unos mechones de la cara.

–Ah, sí... yo no conozco mucho de pájaros, te digo la verdad...

Silencio. De ese que irrita el alma. El viento agitaba las espaldas de los niños.

–A vos no te gusta la escuela, ¿no? –inquirió ella, dándose vuelta y arrimándose hacia Fabián.

–No... la verdad que no. Me aburre mucho. Además a las maestras se les nota que no les gusta darnos clase...

La nena sonrió. En ese preciso instante, el corazoncito de Fabián se detuvo. Recordó rápidamente todas y cada una de las imágenes de la revista pornográfica. Los pechos, los ombligos, y aquel lugar donde todo desembocaba, arcano carnal protegido por el vello.

Tragó saliva. Estaba tenso. Ella lo sabía. Le tocó la mano derecha. Se la acarició lentamente.

–No tengas miedo –le dijo, suavemente.

Fabián sonrió, nervioso. Ella acercó su cara, y cuando estaban por besarse, sonó el timbre.

Ambos se levantaron y salieron corriendo hacia la escalera.

A la salida del colegio, Fabián se separó de los demás, como lo hacía diariamente, y se encaminó hacia la biblioteca. Algunas cuerdas después sintió que alguien lo estaba siguiendo. Se detuvo en medio de la calle. Se dio vuelta y encontró a Passeris. Ella se aproximó.

–¿Adónde vas? –le preguntó, mientras se acomodaba la mochila.

–A... a la biblioteca –respondió escuetamente el niño.

–Te gusta leer, ¿no?

El niño asintió con la cabeza, un poco ruborizado todavía por lo que había pasado en la terraza.

–¿Querés venir... a mi casa? –le preguntó ella.

Fabián sintió que le daban un latigazo frío en la espalda.

–Em... no sé... porque... –masculló, entrecortadamente.

–Dale, así te presento a mi abuela, Nora.

Estaba en una encrucijada: la revista pornográfica impenetrable, pero que develaría sus misterios en cualquier momento, o aquella niña que aunque tosca, tenía una gracia especial.

–Está bien –concluyó Fabián, y acto seguido siguió a la chica.

La casa era moderna, de color crema. Estaba instalada sobre la avenida principal, cerca de la escuela, y al frente, estaba protegida por un gran roble que se erguía desde el jardín. Passeris y Fabián caminaron hacia la entrada de la residencia. La chica hurgó en uno de los cierres de su mochila, lo giró hacia la derecha y extrajo una llave plateada que colocó en el picaporte. Presionó y abrió la puerta. Entraron.

El living era amplio. Un poco oscuro. Lleno de muebles carísimos, repletos de libros. Había olor como a granja, a campo.

–Bueno, esta es mi casa –dijo la nena, dejando la mochila en el piso.

– ¡Cuántos libros! –dijo Fabián, dirigiéndose hacia una de las estanterías.

–Ah, sí, son de papá. Él es periodista...

El chico recogió un ejemplar. Lo recorrió con sus manos. De repente, sintió un besito en su nuca. Se dio vuelta, ruborizado. Passeris le volvió a sonreír como en la terraza. Con esa sonrisa que desgarraba el corazón.

–Subamos a mi cuarto. Después le pido a la abuela que nos prepare sándwiches –le dijo.

La escalera conectaba con el primer piso. Los chicos recorrieron un pasillo, hasta detenerse frente a una puerta de color rosa. La nena empujó, y accedieron al cuarto.

Había una cama con las sábanas revueltas. Muchos pósters de pájaros y otras aves silvestres. Todo estaba desordenado. Fabián, con profunda timidez, se quedó

parado contra la puerta, mientras que Passeris se recostaba sobre el lecho, juguetonamente.

– ¡Qué cansada que estoy! ¡Debe ser el cole! –dijo, con cierto tono falso.

Fabián seguía rígido. Atisbaba una sonrisita, pero mitigaba prontamente. La nena lo miró desde la cama, quitándose esos molestos mechones del rostro.

–Vení, tonto –le dijo.

El niño fue dando pasos torpes, tropezando con la ropa que estaba tirada en el suelo. Finalmente se sentó en el borde de la cama.

Silencio.

–Ahora me acordé... que tengo que volver a casa. Mamá me había pedido qu... Passeris lo besó, cortándole la charla.

Se abrazaron, y de ellos ya sólo se escuchaban sus agitadas respiraciones. Lentamente Fabián recorrió la boca de aquella niña, que encendió en él lo que la revista pornográfica no había podido. Una llama se agitó en su interior, creciendo hasta llegarle a lo más alto de la cabeza. Se recostaron sobre la cama, y siguieron besándose.

Se escuchó un ruido seco, proveniente del pasillo. La chica se levantó de la cama, dejando a Fabián solo.

– ¡Uy! ¡La abuela! –señaló con nerviosismo.

El nene se incorporó rápidamente, acomodándose el guardapolvo.

– ¡Me voy a casa! –contestó, agitado.

– ¡No, no! Está bien... Esperá que voy a hablar con ella, y va a estar todo bien...

La nena salió del cuarto y cerró con cuidado la puerta. Fabián se agarró la cabeza con las manos. A pesar de la tensión estaba muy contento. Le echó una mirada a la cama y sonrió.

Al cabo de cinco minutos de extenuante espera, Passeris regresó.

–Listo. Vení conmigo. La abuela te quiere conocer –manifestó la nena.

–Ah... ¿Sí? Bueno, como quieras –dijo Fabián.

Salieron de la habitación.

Caminaron por el pasillo hasta otra puerta, la de color marrón oscuro. La niña la abrió. Fabián entró.

Estaba todo muy oscuro. El olor a campo, el mismo que olfateó cuando ingresó a la casa, regresó a su nariz. No podía ver nada.

– ¿Passeris? No veo nada... –dijo el niño mientras avanzaba entre las sombras.

Había mucha humedad. Escuchó la puerta cerrándose abruptamente. En ese momento, su corazón empezó a agitarse. Tragó saliva.

–Prendé la luz... –rogó el chico, volviendo por sobre sus pasos, arañando la oscuridad con sus trémulas manos.

Silencio.

Estaba desesperándose. Daba vueltas y vueltas por aquel lugar inescrutable, de proporciones infinitas.

– ¡Passeris! –gritó, desgarrado.

De pronto, se encendió la luz.

Fabián estaba rodeado por cientos, tal vez por miles, de jaulas. Todas estaban vacías. Salvo una, la que se encontraba en el centro, iluminada por una vela con inscripciones religiosas.

El chico estaba boquiabierto. Su corazoncito seguía latiendo, sobreexcitado.

– ¿Y esto? –se preguntó, mientras caminaba hacia el pequeño gorrión dentro de la jaula.

Se postró frente al ave, que se mostraba tranquila. Fabián arrimó su cara. Descubrió que la puertita de la jaula estaba abierta.

Silencio.

La vela se agitó al mismo tiempo que el gorrión parpadeó.

El niño se llenó de terror. Algo. Había escuchado algo. Se lanzó corriendo hacia la puerta, que gracias a la luz presente en el lugar se podía identificar en el fondo.

El gorrión despidió un graznido agudo, que penetró los oídos del niño. Este, quejándose por el dolor irritante, cayó sobre el suelo.

El ave salió de la jaula. Atravesó la habitación hasta situarse en la cabeza de Fabián.

– ¡No, no! –rogó el chico.

Intentó defenderse, pero el graznido agudo volvió a castigarlo, dejándolo a merced del pájaro, que se introdujo en su boca.

Fabián tosió, se agitó en el piso, mientras que el gorrión desgarraba todos sus órganos.

Los rayos del crepúsculo cubrieron a la casa con un manto dorado.

La puerta de la habitación de las jaulas se abrió. Passeris entró con cuidado. Caminó hacia el cadáver de Fabián, que estaba morado. Se puso de rodillas. Le quitó el guardapolvo al niño. Luego le levantó la remera. Colocó sus manos en el ombligo del finado, y presionó.

–Vamos... –suplicó la nena.

El pico se fue asomando por el ombligo, hasta que el gorrión salió por completo, bañado en sangre.

Passeris sonrió y se llevó el ave hacia fuera del cuarto.

Bajó las escaleras, atravesó el living y se dirigió hacia la cocina.

La abuela yacía postrada en una silla de ruedas, con un suero vacío conectado a su brazo izquierdo. Respiraba con dificultad. Estaba moribunda. Había plumas en el piso, plumas de diferentes pájaros.

La niña se acercó, dio vuelta la silla.

–Hola, abue... –le dijo, con los ojos lacrimosos.

–Ho... hola... –respondió la anciana, costosamente.

Passeris colocó el pico del gorrión en el suero. Presionó el cuerpo del ave, y esta despidió la sangre de Fabián.

La abuela fue recibiendo aquel líquido rojo, a la par que su aspecto comenzaba a mejorar.

La niña se arrodilló y apoyó la cabeza contra la silla de ruedas. La anciana le acarició el cabello con ternura, mientras le tarareaba una canción.

–No sé que haría sin vos... –dijo la vieja, que se levantó de la silla, ya recuperada.

Passeris sonrió.

–Yo tampoco, abuela...

FIN